

---

## CANTO OCTAVO.

---

Estado que guarda el Anáhuac por la guerra.—Los invasores atacan la gran Tenochtitlan para destruirla.—Táctica que en su defensa emplean los mexicanos.—Ultima proposicion de paz, rechazada por Cuauhtemoc.—Aniversario de la *Noche Triste*.—Asaltan la ciudad los invasores por diferentes puntos.—Logran llegar al canal de Tlatelolco.—El pueblo cae formidable sobre el enemigo.—Combates personales.—Apresamiento de Cortés.—Es libertado por sus guerreros.—Derrota general de las fuerzas españolas.—Demostraciones de regocijo público.

Brilla de Anáhuac en el limpio cielo  
De cóncavo zafiro fabricado,  
La luz que alumbra su fecundo suelo  
De exuberantes flores esmaltado.  
Llegan las aves en garboso vuelo  
Al manguero de frutos recargado,  
Y con su voz, que es fuente de armonía,  
Un himno elevan saludando al día.

Blandas corren las brisas perfumadas,  
 En las lomas meciendo los maizales,  
 Y rizando las aguas azuladas  
 De los múltiples lagos y canales.  
 Murmuran al correr precipitadas  
 Las linfas de los frescos manantiales,  
 Y en los campos do siguen su derrota,  
 Dilatado jardín por ellas brota.

Susurran en los bosques de sabinos  
 Las hojas por Favonio estremecidas;  
 Altivas yerguen los perennes pinos  
 Sus cimas por el Bóreas sacudidas.  
 Remuéven de la selva los espinos  
 Las panteras que pasan atrevidas,  
 Formando esos rumores la grandeza  
 Con que eleva su voz Naturaleza.

El colibrí, posándose en las flores,  
 Libando está su esencia deliciosa;  
 El zenzontle, cantando sus amores,  
 Inquieto acude á la enramada umbrosa.  
 Ostentando bellísimos colores  
 Revuela la pintada mariposa,  
 Perseguida por rauda filomena  
 Sobre la faz de la menuda arena.

Avanza el astro rey vivificando  
 De Anáhuac el Eden maravilloso,  
 Y de alma luz la cúspide bañando  
 Del gigante de nieve esplendoroso.<sup>37</sup>  
 Despues, hácia Occidente adelantando,  
 Tiñe los horizontes majestuoso  
 Con piélagos brillantes de oro y gualda  
 Que envuelven á las selvas de esmeralda.

Guardando la region del Mediodía  
 Se alzan de Ajusco los soberbios montes,  
 Cuya elevada y vírgen serranía  
 Interrumpe los vastos horizontes.  
 Vagando en numerosa compañía  
 Recorren los venados y bisontes  
 Esos sitios agrestes, cuya altura  
 El hombre á escudriñar no se aventura.

Al Septentrion elévanse, desnudos  
 De la vegetacion que en torno impera,  
 Cual valla natural, cerros agudos  
 Que forman del Anáhuac la frontera.  
 Más cerca el Tepeyac los golpes rudos  
 Pára del Bóreas, que con ansia fiera  
 Lleva incesantemente sus estragos  
 A la reina encantada de los lagos.

En su grandeza irguiéndose atrevido,  
 Fin marcando á las lomas del Poniente,  
 Chapultepec, de las delicias nido,  
 Aparece soberbio é imponente.  
 Allí su parque está de gris vestido,  
 Allí brota la límpida corriente  
 Del agua saludable que mitiga  
 La ardiente sed de la ciudad amiga.

¡Cuán grande es del Anáhuac la hermosura!  
 ¡Con qué fecundidad Naturaleza  
 Vistió sus campos de eternal verdura  
 Y dió á sus lindas flores la pureza!  
 Es el Anáhuac virginal criatura  
 Que plugo al Hacedor, en su grandeza,  
 Formar con luz y pájaros y flores  
 Para que fuera Eden de los amores.

Pero ¡ay! ese encantado paraíso,  
 Venero de sublime poesía,  
 Se estremeció en sus centros de improviso  
 Al horrendo fragor de guerra impía.  
 Extranjera legion al pueblo quiso  
 Avasallar con fiera tiranía,  
 Y al terrible poder de sus cañones,  
 Arrasó sin piedad las poblaciones.

Con sangre el fértil suelo salpicado,  
 Perdida tiene ya la exuberancia;  
 Las flores que la lucha ha marchitado,  
 Carecen de color y de fragancia.  
 No cubren ya las mieses el collado  
 Prometiendo á los hombres la abundancia;  
 En toda la extension del rico suelo  
 Se ve dolor, y luto y desconsuelo.

Y no es la destruccion de cruda guerra  
 Lo que á los pueblos mexicanos daña;  
 Los hijos valerosos de esa tierra  
 Son héroes que ambicionan la campaña.  
 Lo que asoló del valle y de la sierra  
 Los encantados sitios, fué la extraña  
 Presencia de los hombres que llegaron  
 De allende el mar y el territorio hollaron.

Del invasor la planta aborrecida,  
 No el poder de sus armas estruendosas,  
 Tornó en mustia la tierra bendecida  
 Que fué lecho de nardos y de rosas.  
 No volverán en la estacion florida  
 A embalsamar las auras misteriosas  
 Las mosquetas que nacen enlazadas  
 A los troncos de espesas enramadas.

No volverán acaso los canales  
 A recorrer los huertos y jardines,  
 Que abarcando los líquidos cristales,  
 Llegan de la laguna á los confines.  
 Confundirse entre zarzas y breñales  
 Los hicieron los fieros bergantines,  
 Que de sus armas al terrible estrago  
 Asolaran también el terso lago.

No volverán quizás á los fulgores  
 Que derraman la luna y las estrellas,  
 A prometer la fe de sus amores  
 Temblando ruborosas las doncellas.  
 No volverán ni siervos ni señores  
 A acariciar las esperanzas bellas,  
 De hacer que sientan el primer latido  
 Sus corazones que de amor son nido.

No volverán..... Pero ¿se debe acaso  
 Abandonar del triunfo la esperanza?  
 ¿El pueblo se halla, en su desdicha, escaso  
 De nobles pechos llenos de pujanza?  
 ¿No se alza en la ciudad de Oriente á Ocaso  
 Con altivez el grito de venganza?  
 ¿No es **Cuauhtemoc** el ínclito caudillo  
 Que da á la patria esplendoroso brillo?

Mueve á los mexicanos escuadrones  
 Que alcanzaron el triunfo, sacro aliento,  
 Y en los arrebatados corazones  
 Recreese más y más el ardimiento.  
 Provocan del contrario á las legiones  
 Para darles en lid nuevo escarmiento:  
 Así la gran Tenochtitlan altiva  
 Aguarda la batalla decisiva.

El invasor está posesionado  
 De los puntos que audaz arrebatara  
 A los pueblos del Valle, cuando airado  
 Con sus fuertes legiones los talara.  
 Cerca de *Petlacalco*<sup>38</sup> está Alvarado  
 Con su tropa asesina, que con rara  
 Celeridad los fosos fué cubriendo  
 Al ir muros y casas destruyendo.

Al pié del alto Tepeyac se halla  
 Gonzalo Sandoval con sus guerreros,  
 Para ir á Tlatelolco en la batalla  
 Que pronto librarán los extranjeros.  
 Circunda á la ciudad terrible valla  
 Formada de mortíferos aceros,  
 Y guardan de los lagos los confines  
 Los soberbios y fuertes bergantines.

Considera Cortés que es vano intento  
 Pretender arrojar de sus hogares  
 A un pueblo que con fe y con ardimiento  
 Defiende en recia lid sus patrios lares.  
 Preciso es con audaz atrevimiento  
 Las casas arrasar y los altares,  
 Para atacar despues al enemigo  
 Sin que lo cubra salvador abrigo.

Verificando asaltos diferentes  
 Asedian la ciudad los invasores,  
 Que á medida que avanzan impacientes.  
 Tórnanse más en genios destructores.  
 Los corazones nobles y valientes  
 De los de Anáhuac fieles defensores,  
 Laten en riesgo tal con más denuedo  
 Sin doblegarse ni al terror ni al miedo.

Desbaratando en su terrible empuje  
 Todo lo que halla la legion impía,  
 La tierra misma estremecida cruje  
 Al trueno de la ronca artillería.  
 Embravecido el pueblo, fiero ruje,  
 Y oponiendo á la osada tiranía  
 El seguro baluarte de sus pechos,  
 Defiende de la patria los derechos.

No cesa **Cuauhtemoc** en la fatiga  
 Que la sagrada obligacion le impone;  
 Su noble pecho la esperanza abrigo,  
 Y en triunfar en la lid su celo pone.  
 Sin tregua hostilizando á la enemiga  
 Tropa, tenerla á raya se propone,  
 Para que falta de vigor y aliento  
 No lleve á más su criminal intento.

En las nocturnas sombras, los soldados  
 Del caudillo de Anáhuac valeroso,  
 Ofenden incansables y esforzados  
 A los guerreros del contrario odioso.  
 Los de Cortés resisten denodados  
 El amago incesante y poderoso  
 De la arrojada multitud que ansía  
 Domar del adversario la porfía.

Construyen invisibles estacadas  
 En el fondo del lago, y atrayendo  
 A las naves, por tropas tripuladas,  
 Las atacan con ímpetu tremendo.  
 Las fuerzas españolas, acosadas,  
 Sin poder maniobrar, van pereciendo,  
 Quedando, por lo rudo del embate,  
 Dos bergantines fuera de combate.

El dios Huitzilopochtli es trasladado  
De Tlatelolco al templo majestuoso,  
Y queda su recinto custodiado  
Por escuadron altivo y numeroso.  
Desde ese punto **Cuauhtemoc** osado  
La defensa dirige valeroso,  
Que es Tlatelolco el último baluarte  
Que abriga de la patria al estandarte.

Nuevos asaltos atrevido intenta  
Cortés con su legion infatigable,  
Que al proseguir su marcha turbulenta  
Arrasa la ciudad inexorable.  
Un monton de ruinas representa  
La gran Tenochtitlan, que al formidable  
Choque de los audaces invasores  
En cardos trueca sus preciadas flores.

Por el voraz incendio consumidos  
Los víveres que el Rey guardar hiciera,  
Se ven los defensores reducidos  
A situacion desesperada y fiera.  
A perecer los hombres decididos  
Están en derredor de su bandera,  
Sin que llegue su heroica bazarria  
A ceder al rigor del hambre impía.

Y van los adalides mexicanos,  
Sin tener de las casas el abrigo,  
Con los desnudos pechos soberanos  
A retar en su línea al enemigo.  
En incesante lid los castellanos  
Van pereciendo al vengador castigo  
De las tropas de Anáhuac, que terribles  
En tal lucha parecen invencibles.

El estandarte mexicano ondea,  
La arrogancia de su águila ostentando,  
Y el pueblo al contemplarlo victorea,  
De vencer la esperanza alimentando.  
Sostiénese terrible la pelea,  
La ciudad más y más aniquilando;  
Pero de sus ruinas se levanta  
La voz que llama á la defensa santa.

Y de cada fragmento abandonado,  
Que del pueblo pregona la grandeza,  
Dispuesto á combatir surge un soldado  
Lleno de patrio amor y fortaleza.  
Quién, blandiendo la clava denodado,  
Vence del castellano la fiereza;  
Quién, lanzando las flechas, se convierte  
Para el contrario en implacable muerte.

También los españoles atrevidos  
 Se arrojan sobre el pueblo valeroso,  
 Y por sus armaduras protegidos,  
 Sostienen el combate fatigoso.  
 No existen vencedores ni vencidos;  
 De la victoria el astro esplendoroso  
 No brilla aún en el hermoso cielo  
 Que de bóveda sirve al rico suelo.

De nuevo Hernan Cortés la paz propone  
 Al indomable heróico soberano,  
 Que resistencia tan terrible opone  
 Al bélico poder del castellano.  
 El noble **Cuauhtemoc**, que es en quien pone  
 Su confianza el pueblo mexicano,  
 Contesta así con desdeñoso acento  
 Del enemigo al vil atrevimiento:

“En nuestros bravos corazones arde  
 El patriótico amor inextinguible,  
 Y no fué vano ni ostentoso alarde  
 Aceptar esta lid cruda y terrible.  
 Nunca el Anáhuac cederá cobarde  
 Su tierra al extranjero aborrecible,  
 Que no logra al poder de sus cañones  
 Vencer á sus indómitas legiones.

“Vuelve y di á tu señor, que miétras tanto  
 Quede un hombre con vida en esta tierra,  
 Os mandará la muerte y el espanto  
 A la sagrada voz de ¡patria y guerra!  
 El entusiasmo varonil y santo  
 Que en nuestras almas férvidas se encierra,  
 Hará que conquistemos la victoria  
 Cubriendo á la nacion de eterna gloria.

“Dí á tu señor que los aztecas fieros,  
 Ántes que indigna paz, quieren la muerte;  
 Que acabarán cual cumple á los guerreros  
 Si los destina á perecer la suerte.  
 Que serán impotentes los aceros  
 Del enemigo numeroso y fuerte,  
 Miétras le quede á mi robusta mano  
 Un dardo vengador para el tirano.”

Así se expresa **Cuauhtemoc** valiente,  
 Que en el pueblo derrama la esperanza,  
 Y á su sonora voz se alza potente  
 El formidable grito de venganza.  
 Aparece más puro y refulgente  
 El sol de la victoria en lontananza,  
 Para alumbrar con esplendor divino  
 Al pueblo de los triunfos el camino.

Trece veces nació la blanca luna  
 Del bello Anáhuac en el limpio cielo,  
 Desde que dió á sus armas la fortuna  
 El triunfo que se canta con anhelo.  
 Trece veces brillando una por una  
 Alumbró ensangrentado el fértil suelo,  
 Porque el furor de la homicida guerra  
 Roja mantiene sin cesar la tierra.

Aún la memoria de la Noche Triste  
 Conserva fresca el pueblo mexicano;  
 Del bravo Cuiclahuác el nombre existe  
 Como timbre de gloria soberano.  
 El recuerdo fatal también asiste  
 Al orgulloso jefe castellano,  
 Que el decisivo ataque ha prevenido  
 En fecha igual á en la que fué vencido.

Todo dispuesto á la invasión se halla:  
 Cortés de Xóloc parte con su gente;  
 Alvarado comienza la batalla  
 En Petlascalco, que ocupó valiente.  
 Dispara Sandoval recia metralla,  
 Del Tepeyac marchando diligente;  
 Y á la sazón las naves en el lago  
 Llevan también su poderoso amago.

De Cuauhtemoc los bravos campeones  
 Preparan con valor la resistencia;  
 De arrogantes flecheros las secciones  
 Cubren de los teocallis la eminencia.  
 Sin temor al poder de los cañones,  
 Y vencer anhelando en su impaciencia,  
 Alzan de guerra el grito formidable  
 Que es anuncio de muerte inexorable.

Al asalto dirígense atrevidas  
 Del español las huestes animosas,  
 Y las varias columnas decididas  
 A la ciudad avanzan silenciosas.  
 Van en su lenta marcha precedidas  
 Por chusmas de traidores numerosas,  
 Gente que para entrar en la batalla  
 Resguarda al invasor como muralla.

Llega Cortés, que su legión preside,  
 Al templo principal, ya abandonado;  
 La retaguardia cubre, y subdivide  
 En tres grupos su ejército esforzado.  
 Ningún peligro adelantar le impide  
 Hasta el canal del Norte, y apoyado  
 En la mortal y ruda artillería,  
 Al pueblo mexicano desafía.



Sostiene con desnudo la batalla  
 El pueblo entusiasmado y valeroso,  
 Pero el fiero poder de la metralla  
 Logra arrancarle el defendido foso.  
 Libre por fin de la enemiga valla  
 Adelanta Cortés, y presuroso  
 Incendia y tala y sin piedad destruye  
 Cuanto su marcha en la ciudad obstruye.

Arrollando á las huestes mexicanas  
 Que sin cesar encuentra en su camino,  
 Va Cortés con las tropas castellanas  
 Avanzando cual raudito torbellino.  
 ¿Qué son en esa lucha las macanas  
 Contra el fuego terrible y asesino  
 De las armas que hicieron superiores  
 En la lid á los fieros invasores?

El gran canal de Tlatelolco alcanza,  
 Y á cruzarlo dispónese valiente,  
 Cuando el grito de guerra y de venganza  
 Los espacios inunda omnipotente.  
 Como señal terrible de matanza  
 El teohuéhuatl resuena de repente,  
 Mezclándose del pueblo el alarido  
 A su tonante asolador sonido.

El caracol de **Cuauhtemoc** resuena  
 La region de los vientos asordando,  
 Y el bélico clamor de aliento llena  
 Al pueblo, que es sublime batallando.  
 El soberano, con la faz serena,  
 Aunque de odio su pecho rebosando,  
 Forma con sus guerreros fuerte valla  
 Para librar valiente la batalla.

Bello aparece el adalid osado  
 Con la régia corona en la cabeza;  
 En sus hombros el manto colocado  
 Mostrando su poder y su grandeza.  
 Está de ricas plumas adornado,  
 Y completan su garbo y gentileza  
 El carcax á la espalda bien provisto  
 Y en la siniestra mano el arco listo.

Siguiendo las calzadas diferentes  
 Que á la ciudad conducen, van marchando  
 A Tlatelolco, altivos é insolentes,  
 Los que de la invasion forman el bando.  
 Sandoval y Alvarado están, valientes,  
 Con las bravas legiones de su mando,  
 Combatiendo terribles y animosos  
 Y con los muros allanando fosos.